

EL CAMINO SANTIAGO Y LAS ESENCIAS FISTERRA

Fisterra nació en 1911 de la mano de dos mujeres, Marta Povo y Esther Beltrán, haciendo juntas el Camino de Santiago. La última cosa que esperábamos al salir de nuestra ciudad era que *Gaia nos hablara*.

Las dos tenemos facilidades cognitivas y somos terapeutas desde hace mucho tiempo, pero cuando comenzamos a andar desde Santiago hasta Finisterre, lo único que queríamos era desconectar de nuestra ciudad, Barcelona, y desde luego queríamos gozar. Sabemos que el Camino siempre regala conocimiento y evolución, pero nosotras más bien esperábamos como un descanso, o unas vacaciones distintas. Ni siquiera teníamos ganas de hablar, solo escuchábamos el silencio de los pasos.

Pero lo que ocurrió durante aquellos días nos dejó perplejas a las dos. La Naturaleza comenzó a hablarnos, de forma puntual y precisa; cada planta, cada flor y cada piña nos daba 'instrucciones'. Lo que más nos sorprendió era la total sincronía en la comunicación; las dos estábamos canalizando lo mismo. La experiencia duró 7 días y recibimos las instrucciones precisas para elaborar siete esencias florales.

Pero el último día llegando a Fisterra, ante el Océano Atlántico y recién recogido el plácton, supimos de forma contundente la sinergia que cada esencia quería tener con ciertas formas geométricas y ciertos colores, y no sólo eso sino que tan sólo querían ser disueltas con agua de mar; ellas mismas no admitían otro conservante. Cada remedio se convirtió así en un ente especial, en una personalidad sanadora y en una alquimia completa de cielo y tierra juntos.

Cuando iniciamos el camino nunca imaginamos cual iba a ser el auténtico resultado del viaje. Como en la vida, cuando iniciamos un sendero, no tenemos ni idea de hacia dónde nos conducirá. El Camino de Fisterra, aunque asociado al Camino de Santiago, es en realidad un camino muy distinto. Y no fue hasta el último día que supimos, a través de una meiga encantadora, que en realidad se trataba de un peregrinaje anterior al Jacobeo: este tramo era una ruta pagana que los druidas celtas hacían para purificar sus enseres y para purificarse ellos mismos. Un sendero para renovarse y poder continuar así con sus tareas alquímicas.

Ese fue nuestro camino. Escogemos en la vida, aunque sea de forma inconsciente, el camino que necesitamos transitar para encontrar respuestas; para realizar nuestro aprendizaje y nuestra misión. Existe un gran simbolismo entre el Camino de Santiago -en nuestro caso el de Fisterra- y el camino vital. Nunca es aleatorio ni gratuito el tramo elegido ni las vivencias experimentadas por cada uno. En nuestro caso no fue un camino de dolor, sufrimiento o esfuerzo. En nuestras vidas ya habíamos tenido suficiente aprendizaje en ese aspecto. No necesitábamos más. Así que escogimos un Camino de flores, de meditación, de reflexión, de conexión...

Este es un camino que se inicia y se acaba en el mar. En la Fuente de la Vida. Y que transcurre entre bosques tan distintos como cada una de las

etapas de nuestra propia vida. Impregnados por la magia y el ancestral contacto con la más pura esencia de Gaia, quien nos obsequió con un regalo totalmente inesperado. Un regalo en forma de 8 esencias saladas.

Entendimos que Fisterra, símbolo del Fin de la Tierra durante siglos, simbolizaba el final de la tierra conocida, o lo que es lo mismo: el final de la tercera dimensión. Pero como todo final, en él se inicia un nuevo origen. El origen de la cuarta y la quinta dimensión. Así, cada una de las esencias, y sus especiales propiedades, nos conecta con energías sublimes que impulsan en nosotros ese cambio de conciencia tan necesario, pero a veces difícil. Recibir el mensaje de cada una de las esencias fue un auténtico regalo.

En cada bosque, en cada paisaje, allí donde conectábamos con la energía del lugar, era de forma absolutamente natural. Recibimos lo necesario en el momento adecuado para integrarlo y comprender mejor el alcance anímico y psicológico de cada sustancia. Incluso en alguna de ellas, la información llegaba ampliada o desmenuzada al cabo de cierto tiempo. Pero la sensación era como si todo el tiempo hubieran estado allí esperando a que alguien recogiera ese regalo. No se produjo ninguna búsqueda forzada. No se trataba de buscar, sino de encontrar. Este camino de Fisterra podría resumirse como experimentar el Arte del Encuentro.

El Bosque de Eucaliptus fue nuestra primera 'iniciación'. Nos reconciamos con un árbol maldito y comprendimos su enorme servicio repoblando aquellos parajes antes calcinados por el hombre y trascendiendo la contradicción de su mala prensa en relación al ecosistema local, su mala reputación como árbol desertizante, contemplamos asombradas como a sus pies crecían auténticas alfombras de flores, formando lo que parecía evocar el Paraíso Original...

A partir de aquel momento comprendimos cual era en realidad el objetivo de nuestro viaje. Y luego fueron llegando paulatinamente, en diferentes etapas y lugares, el resto de esencias que habían estado allí, esperando un Encuentro, para poder ofrecerse y transmitir a todas aquellas almas resonantes con ellas el impulso necesario para el cambio dimensional.

El Mar estuvo presente casi desde el inicio. Primero como necesidad de contactar con él, y enseguida como recipiente imprescindible donde se contendrían las esencias. Esto marcaba una diferencia importante en relación al resto de esencias existentes hasta hoy. Serían esencias saladas. Fue fácil comprender que, además del beneficio incuestionable para nuestra salud de ingerir agua de mar, y de la ventaja de no necesitar el alcohol como conservante, se trataba también de algo mucho más profundo: conectar con la Fuente de la Vida, con el Origen de todas nuestra almas encarnadas aquí y ahora en Gaia, y también, como no, con la Atlántida. Así que las preciosas playas de la Costa da Morte nos invitaron a extraer de sus entrañas la última y posiblemente la más espiritual de todas las esencias: el Plancton.

No es fácil explicar lo que nos fue sucediendo paso a paso. Era como un proceso de alquimia interior también. Es decir, Gaia nos daba su sabiduría, mientras esperaba que nosotras hiciéramos el 'servicio' de trasladar su mensaje al mundo, su forma de sanarnos, su amor. El planeta y el humano intercambiaban sus Servicios. Nosotras tan solo podemos afirmar que mientras

nuestros pasos avanzaban sobre aquel rincón del mundo, sentíamos constantemente 'la nada', el gran silencio . Las dos sabíamos antes del camino que abandonábamos nuestro trabajo y la familia solo por unos días, para poder compartir juntas nuestros inevitables pesares, para vaciarnos, para descansar del día a día, para conectar con nuestra alma, o intentarlo, mediante aquel andar pautado sobre una tierra húmeda y atlántica.

Sin embargo, encontramos los antónimos de todo ello: encontramos 'el todo', nos hablaron las plantas, los mares y los entes de otras galaxias, comenzamos un nuevo proyecto de trabajo y servicio, compartimos la alegría y el amor, y conectamos la madre y sus sanadores mensajes. Así que todo salió afortunadamente del revés de lo esperado, como la vida misma...

La mayor emoción fue cuando el último día, cuando estaba ya todo captado, recibido, escrito y comprendido, cuando todo estaba en reposo, vibrante y a punto de ser parido, apareció la luz y la señal de la bendición del nuevo proyecto. Despedimos este camino de Fisterra en una playa de arena blanca, que nos regaló una puesta de Sol jamás soñada, donde la Fuente y nuestro amado Sol se mostraron en toda su plenitud, belleza, geometría, color y radiación: era una preciosa Cúpula Dorada que se asentó largo tiempo sobre la arena ante nosotras, y sentimos claramente su serena bendición.

Esther Beltrán y Marta Povo, Octubre del 2011

